

# EL EDIFICIO DE LA TELEFÓNICA EN LOS TEXTOS LITERARIOS Y PERIODÍSTICOS DE LA GUERRA CIVIL 1936-1939



Por Raúl C. Cancio Fernández

A la pregunta de qué libro o autor está más estrechamente vinculado con el edificio de la Telefónica, la mayoría contestaríamos sin duda que *La llama*, el tercer volumen de *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea, auténtico paradigma de la presencia del número 28 de la Gran Vía en la literatura española. Sin embargo, con ser ello cierto, no dejaría de ser una inaceptable simplicidad, pues el inmueble diseñado por Ignacio de Cárdenas ha tenido y tiene una presencia plural y extensa en los textos relacionados con nuestra Guerra Civil que, como a continuación describiremos, no se limita a la obra de Barea, de la que desde luego hablaremos, sino que se extiende a todo tipo de géneros literarios y periodísticos.

Con carácter general, la presencia del edificio de la Telefónica en la bibliografía relativa al conflicto bélico es constante, muy especialmente en aquellos textos específicamente dedicados al desarrollo y vicisitudes de la guerra en Madrid, por lo que, sin ánimo de ser exhaustivos, podrían citarse las obras de BAHAMONDE MAGRO, Ángel y CERVERA GIL, Javier: *Así terminó la guerra de España* (Marcial Pons Historia, Barcelona, 2000); CARDONA, Gabriel: *Historia militar de una guerra civil. Estrategia y tácticas de la guerra de España*. (Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 2006); CASADO, Segismundo: *Así cayó Madrid*. (Ediciones 99, Madrid, 1977); CASTELLANO, Ricardo: *Los restos de la defensa*. (Almena, Madrid, 2007); CERVERA GIL, Javier: "La radio: un arma más de la guerra civil en Madrid" en *Historia y Comunicación Social*, 1998, n.º 3; COX, Geoffrey: *La defensa de Madrid*. (Oberón, Madrid, 2005); DEGLANÉ, Bobby: "Cómo entré en Madrid" en *Fotos. Semanario gráfico nacionalsindicalista*. Año II, n.º 110, de 8 de abril de 1939;

DELAPRÉE, Louis: *Morir en Madrid*. (Raíces, Madrid, 2009); GUZMÁN, Eduardo: *Madrid rojo y negro*. (Oberón, Madrid, 2004); GÁRATE CÓRDOBA, José María: *La guerra de las dos Españas: breviario histórico de la guerra del 36*. (Luis de Caralt, Barcelona, 1976); *Mil días de fuego: memorias documentadas de la guerra del 36*. (Quirón Ediciones, Valladolid, 2007); GALLEGOS, Gregorio: *Madrid, corazón que se desangra, memorias de la guerra civil*. (Ediciones Libertarias, Madrid, 2006); KURZMAN, Dan: *Milagro en noviembre*. (Argos Vergara, Barcelona, 1981); LÓPEZ MUÑIZ, Gregorio: *La Batalla de Madrid*. (Editorial Gloria, Madrid, 1943); MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *Frente de Madrid*. (Noguel y Caralt Editores, Barcelona, 2007); MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La batalla de Madrid*. Crítica, Barcelona, 2004; MORCILLO LOPEZ, Antonio: "El obús Schneider de 15,5 cm. (155/13) en la Batalla de Madrid", *Frente de Madrid*, n.º 5 y "Los restos de la Guerra Civil en Madrid, setenta años después", *Frente de Madrid* n.º 16; ROJO LLUCH, Vicente: *Así fue la defensa de Madrid*. (ERA, México, 1967) o, finalmente, ZUGAZAGOITIA, Julián: *Guerra y vicisitudes de los españoles*. (Tusquets, Barcelona, 2001) y *Madrid, Carranza 20*. (Ayuso, Madrid, 1978).

En esta larga relación, la presencia de la Telefónica se hace familiar habida cuenta del carácter totémico del edificio tanto para los asaltantes como para los defensores y, consecuentemente, para la población de una ciudad, cuya defensa se articulaba en torno a los vértices formados por el Puente de los Franceses, el Hospital Clínico, el edificio de la Telefónica y los sótanos del Ministerio de Hacienda. Pero, como anunciamos más arriba, es una presencia descriptiva, en el contexto de la narración de unos acontecimientos bélicos, que ni mucho menos colma la bibliografía en la que la Telefónica es invocada.



Izquierda: Pedro Montoliú. Derecha: Gloria Fuertes

Así, en el ámbito del género memorialístico, el inmueble de la Gran Vía es recordado de manera constante en el libro *Madrid en la Guerra Civil. Vol. II. Los Protagonistas*, (Sílex Ediciones, 2000) en el que Pedro Montoliú entrevista a Manuel Gutiérrez Mellado, teniente de artillería del Regimiento de Artillería a Caballo de Campamento en 1936 y preso en la cárcel de San Antón, que al respecto recuerda:

*"(...) De todas formas, en esta época hubo menos bombardeos pues los grandes se produjeron al principio, cuando llegaron las tropas a la Universitaria. Sacudían mucho a la Telefónica. Yo vi caer un proyectil en la esquina de Callao, en el edificio de la Adriática. Cayó a cincuenta metros de mí cuando estaba entrando en la casa. Era ya de noche y yo debía llegar de una reunión."* (pp. 27-28)

En el mismo libro, Rosario Sánchez Mora, la mítica dinamitera de Villarejo de Salvanés, confiesa que:

*"(...) veía a Madrid normal. Los pacos tiraban mucho en la Castellana y la artillería, como estaba tan cerca, asediaba mucho. La Telefónica estaba muy destrozada."* (p. 71)

El que fuera Consejero de Orden Público de la Junta de Defensa de la capital, Santiago Carrillo, incide también en el ensañamiento con que la artillería rebelde percutía sobre el edificio, indicando:

*"La zona más castigada fue Moncloa y Gran Vía, pues el edificio de la Telefónica –desde el que teníamos un buen observatorio de todo el frente– lo bombardearon bastante pero no pudieron destruirlo."* (p. 92)

A Gloria Fuertes la guerra la sorprendió como alumna de la desaparecida Escuela de Hogar Profesional de la Mujer y recuerda cómo la zona más bombardeada de Madrid era:

*"(...) Argüelles y sobre el centro de Madrid. La Gran Vía no se podía ni cruzar. Era horrible cómo estaba la Telefónica."* (p. 121)

El recién egresado profesor de Historia en la facultad de la calle San Bernardo en 1936, Francisco Azorín, señala cómo el barrio de Salamanca quedó prácticamente incólume dado que:

*"La artillería podía elegir el blanco ya que no había problemas para apuntar. El primer cañonazo que se hacía desde Garabitas siempre era hacia la Telefónica y luego dependiendo del objetivo que se buscase se variaba el ángulo."* (p. 150)

Finalmente, Alejandro Heredero del Castillo, artillero del batallón "Carlos Prestes" en octubre de 1936, nos muestra la versatilidad funcional de la sede de Telefónica:

*"Hicimos un agujero muy grande y metimos el cañón para arriba, lo cargamos con granadas de tiempo de esas de bola, que hacían mucho humo, y cuando volvió la escuadrilla disparamos dos o tres granadas de humo. Los aviones se fueron. Fijese que control había que, desde la Telefónica, donde estaba el cuartel de Artillería, nos preguntaron que de dónde habían salido esos antiaéreos. Cuando supieron lo que habíamos hecho nos ascendieron a todos al grado superior."* (p. 375)



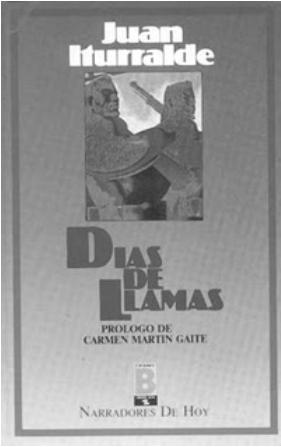
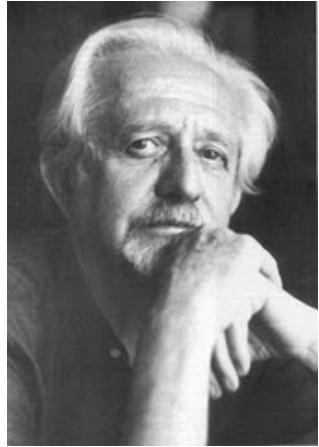
Izquierda: Francisco Azorín  
Der.: "Vivir en Madrid" de Victoriano Redondo Lledo

También en los recuerdos que Victoriano Redondo Lledo recupera en su libro *Vivir en Madrid, 1936-1939* (Entrelíneas Editores, 2003), la Telefónica adquiere protagonismo en la memoria del niño de trece años que era el autor cuando empezó la guerra:

*"Salvo un edificio de la calle Alfonso XII lindante con el Jardín Botánico, que fue literalmente partido en dos por una bomba, y alguna granada que hirió con su metralla algunas casas, pocas mostraban la huella de la guerra. No ocurría así con la zona próxima a la Puerta del Sol, calle Preciados incluida; éstas sí que habían sido prácticamente arrasadas, ya que se sabía que en la calle Alcalá estaba alojado el Cuartel General de Miaja; en la Puerta del Sol, el Ministerio de Gobernación, y en la Telefónica, el principal observatorio militar que vigilaba el movimiento de las tropas del bando contrario. Ésa era la zona que recibía la visita de los obuses (por autonomía se denominaban así las granadas que disparaban desde el Cerro de Garabitas los nacionales, y cuya periodicidad de envíos hizo que el trozo de la Gran Vía comprendido entre el Cine Avenida y la Red de San Luis, se le denominara avenida de los obuses.)"* (pp. 137-138)

*"Todas las tardes, a la caída del sol, Madrid recibía los envíos que desde el Cerro de Garabitas le mandaba la artillería nacional. El objetivo principal solía ser o bien la Telefónica o cualquiera de los que podían servir de observatorio por su altura dominante. Todo empezaba con una serie de disparos algo escalonados; había luego una pausa entre tiro y tiro para a continuación proceder al más intenso de los cañoneos. Ésta era la conclusión a la que habían llegado Victoriano y Gabriel tras largos meses de ser testigos de la batalla por Madrid, por lo que, en la aparente seguridad que les daba tal conocimiento, se cuidaban muy mucho de no aparecer por la Gran Vía en las horas previstas."* (p. 141)

*"Laura aseguraba que en diversos edificios oficiales de Madrid se había alzado la bandera blanca de la rendición: el Palacio de la Prensa, en la Telefónica, en Gobernación..."* (p. 220)



Juan Iturralde. "Días de llamas"

Junto a los recuerdos de los protagonistas de la contienda, la Telefónica ha tenido asimismo cabida en las páginas de las que considero las cuatro obras maestras de la novela o el relato de la Guerra Civil en Madrid: la ya citada *Forja*, de la que hablaremos con algún detalle más adelante; *Días de llamas* (La Gaya Ciencia, 1979), de Juan Iturralde, considerada por muchos como la mejor novela sobre el conflicto y que se articula en primera persona como el diario escrito desde el desasosiego y el miedo por Tomás Labayen, un juez de instrucción republicano y respetuoso con la legalidad que aguarda su fatal destino en una checa, y que configura una obra que huye del adoctrinamiento, de la condena, del reproche tendencioso, narrando de manera descarnada lo que fueron esos días de desesperación y zozobra:

"Aquí están la Gran Vía y la academia de Pedro Martínez. La llave al portero. El cuartel de Campamento está comunicando o han cortado la línea. Desde la ventana se veían los guardias de asalto custodiando la entrada de Radio Madrid y, más allá, frente a la Telefónica, dos camiones con una ametralladora cada uno, y todo tan pequeño que parecía una maqueta para jugar a las revoluciones." (p. 34)

Las dos obras restantes y a las que también catalogaba como obras maestras lo son en el ámbito del relato, resultando insuperable en este apartado el volumen *A sangre y fuego* (Ediciones Ercilla, 1937) de Manuel Chaves Nogales, otro "Tomás Labayen", tan enfrentado ideológicamente al comunismo soviético como al fascismo italiano, republicano, antifascista y antirrevolucionario.

Si bien en ninguno de los nueve relatos que configuran la obra se cita expresamente a la Telefónica, es imposible no pensar en ella al describir el autor "la muchedumbre abigarrada y arbitrariamente vestida, de obreros, milicianos, campesinos fugitivos, provincianos despistados, gente de toda clase y condición, uniformemente desaliñada (que) se apretujaba en el recinto de la Puerta del Sol, Gran Vía y las calles de Alcalá, Montera, Preciados, Arenal y Mayor (...)"

Finalmente, la prosa exacta y contenida, sin aspavientos, que se desliza en la trilogía de Juan Eduardo Zúñiga que forman *La Tierra será un paraíso* (Alfaguara, 1989), *Largo noviembre en Madrid* (Alfaguara, 1990) y *Capital de la gloria* (Alfaguara, 2003), en las que ciudad y personas se funden en la narración, también contempla la presencia de la Telefónica como elemento referencial del Madrid sitiado:

"Otra vez comprobó que ella tenía un mayor conocimiento de cosas de la actualidad: subieron al torreón

del Círculo de Bellas Artes, desde donde ella quería tomar unas fotos panorámicas, pero el sol daba una luz tan deslumbrante que dudaron de poder hacerlas. Gerda sacó del bolso tabaco y le tendió a él un cigarrillo mientras miraba el panorama de tejados y torres. Él aceptó el cigarrillo y encendió el de ella y pro primera vez le sonrió y le señaló en dirección a los altos edificios del centro entre los que sobresalía el de la Telefónica; en su fachada se veían nubes de humo, señal de que estaba siendo cañoneada." (p.160)



Juan Eduardo Zúñiga

Antonio Muñoz Molina tampoco pudo sustraerse al influjo del mítico rascacielos y en los primeros compases de su multipremiada novela *El invierno en Lisboa* (Seix Barral, 1987) puede leerse:

"En la Gran Vía, junto al resplandor helado de los ventanales de la Telefónica..."

La crítica literaria y, en particular, el análisis de la novela en la Guerra Civil española, con el clásico debate en torno al necesario equilibrio entre la creatividad literaria y la síntesis del hecho histórico del que está siendo testigo de una parte, y el empleo del lenguaje emotivo como estimulador de las conciencias de los lectores, también han prestado atención al edificio de la Telefónica, de manera que Gareth Thomas, al hablar de las tensiones internas y el problema del estilo trágico en la novela de la Guerra Civil española, en *La Guerra civil española: arte y violencia* (Universidad de Murcia, 1990), editado por Derek Gagen y David George, señala:

"Estos nombres reflejan con frecuencia el ambiente de guerra y el estado de ánimo de las personas que vivían inmersas en él: la Telefónica de Madrid, en cuyas paredes solían abrir brechas los obuses una y otra vez, se transforma en "el queso de Gruyère". (p.21)

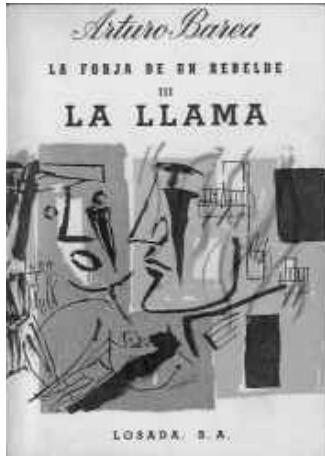
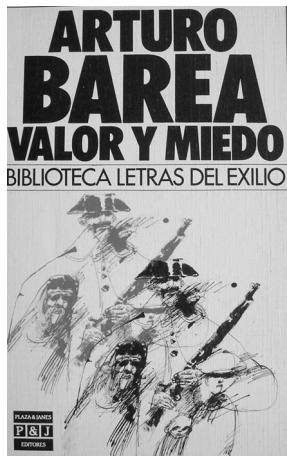
Y tampoco la poesía ha dejado de invocar el primer rascacielos europeo. Da fe de ello esta pieza titulada *¡Madrid!* firmada por el ignoto Luzbel y publicada en el número 26, de 21 de noviembre de 1937 de la revista *La 70*, recogida por César de Vicente Hernando en el libro compilatorio *Poesía de la guerra civil española, 1936-1939* (Akal, 1994):

"¡Madrid!  
Doce meses.  
¡Un año!  
Trescientos sesenta y cinco días  
¡Y firme!  
Tú no tienes como símbolo al Kremlin  
Posees la Telefónica.  
Y tus barrios.  
¿Y el oso y el madroño?  
Trincheras de cemento.  
Son más prácticas que un discurso.

*Y más elocuentes.  
Los discursos hicieron posible el avance del fascismo.*

*Las fortificaciones, no  
Tienes heridas en los muros de tus edificios  
El "Acuario" está proletarizado  
Los niños juegan con los orificios que hacen los obuses.*

*Y conocen la humedad del "Metro"  
Los domingos la generación del mañana ríe y canta en el Retiro  
Tienen como eco la voz de la camarada Maximis.  
A veces el corazón de un niño es arrancado  
Pero los otros siguen en su puesto  
¡Madrid!  
Tú eres brazo y cerebro  
Petrogrado.  
Tus puños crispados hacen rúbricas en el aire.  
¿Dónde están los héroes de trapo?  
Huyeron.  
Trazaron un "raid" y lo ganaron.  
Ahora, otro.  
Y los combatientes siguen en las trincheras.  
Petrogrado.  
Madrid.  
Dos fechas.  
Veinte años.  
Y un año  
Matemáticas rojas.  
Espoletas.  
Y una risa gigantesca.  
¿Te acuerdas?  
Hace un año  
¿Cuántos murieron?  
No importa  
Ayer, él.  
Hoy tú.  
Mañana quizás, yo.  
Pero la vida marcha.  
Con el mismo heroísmo que tú.  
¡Oh, glorioso Madrid, tumba del fascismo!  
Y de los "timócratas"  
Salve a ti, Madrid"*



Ahora bien, después de este sintético repaso por algunas de las manifestaciones literarias en las que la Telefónica fue citada, es cierto que la más poderosa vinculación del emblemático rascacielos con la Guerra Civil nos la brindó Arturo Barea en su obra, ya citada, *La forja de un rebelde* (Losada, 1951, 1.ª edición en castellano), aunque no de manera exclusiva, pues antes, en 1938, el pacense publicaba un volumen de relatos titulado *Valor y miedo*, compendio de veinte narraciones breves unidas temáticamente por el hilo conductor del conflicto y entre las que, por su vinculación con la Telefónica, destacan "La

Esperanza", en la que el edificio se erige en protagonista de la trama junto a la pareja que durante años trabaja en su interior, o la no menor "Servicio de noche", donde el autor comienza por advertir que se trata de un episodio histórico que él ha visto con sus propios ojos y que, además, es conocido por todos los corresponsales de guerra extranjeros que prestaban servicio en Gran Vía 28 durante los bombardeos de la capital.



Arturo Barea nació en Badajoz en 1897. Huérfano de padre siendo aún un niño; su madre y hermanos se trasladaron a Madrid, donde pudo recibir cierta educación mientras vivió un acomodado tío suyo en la capital, debiendo no obstante, a los trece años ponerse a trabajar como aprendiz en un comercio y como empleado de banca hasta 1914. En 1920 es llamado a filas, sufriendo en el Protectorado la traumática derrota de Annual al año siguiente. Un matrimonio frustrado y cuatro hijos después se afilia a la UGT, siendo uno de los organizadores del sindicato de empleados de oficina de la referida central sindical. Barea aceptó en octubre de 1936 un puesto en la oficina de prensa, que dirigía Luis Rubio Hidalgo.

En la tarde del 6 de noviembre, Rubio Hidalgo le comunicó que el Gobierno se trasladaba a Valencia, ordenando a Barea que clausurara la oficina de censura lo cual, como ya hiciera Mija con el célebre sobre cerrado, fue desobedecido por Barea, que integró su servicio en el Comisariado General de Guerra, iniciativa que nunca le perdonaría Rubio Hidalgo.



*Ilsa Kulcsar y Arturo Barea en Londres*

El leal compromiso de Barea con la República le costó su salud –"Ahora estaba repleto de café puro y coñac. El no dormir me provocaba una irritación sorda que iba en

aumento” (p. 265 de la edición Random House Mondadori, 2007)– lo que unido a la precaria situación en la que estaba ante el taimado Rubio Hidalgo, a la sazón jefe de prensa extranjera del Ministerio de Estado en Valencia y la dependencia orgánica que mantenía ante el Comisariado de Guerra en Madrid, que le relegó a la censura radiofónica, le llevó a exiliarse finalmente en Inglaterra en 1938, en donde se dedicó de forma plena a la literatura y al periodismo, culminando su obra maestra en tres fases. La primera parte, *La forja*, apareció el 12 de junio de 1941, en la que Barea narra su infancia y primera juventud en el Madrid de principios de siglo. El 9 de julio de 1943 llegó a las librerías inglesas la segunda parte, titulada *La ruta*, en la que se trazan sus primeros escarceos literarios y, sobre todo, sus experiencias en la guerra de Marruecos. El tríptico culminó con *La llama*, que la editorial Faber & Faber publicó el 22 de febrero de 1946.

Es precisamente en este volumen que cerraba la saga donde el edificio de la Telefónica sin duda adquiere su mayor relevancia literaria, gozando incluso de un capítulo homónimo, el II de la Segunda Parte. Arturo Barea, desde la responsabilidad de la Oficina de Prensa Extranjera madrileña que asumió en noviembre de 1936, ubicada en la cuarta planta del edificio de la Telefónica, y sede consecuentemente de la *American International Telephone and Telegraph Company* (ITT), traza un minucioso relato de sus vivencias en él. La áspera descripción de la mutilación de la pierna de la vendedora de periódicos en la esquina con Fuencarral (p. 258); la lúgubre visión de la Gran Vía desde las ventanas altas de la Telefónica (p. 258); la destrucción de las casas de la vecina calle Hortaleza (p. 267); el cuarto de censura como lugar de obligada residencia (p. 259) habida cuenta de la precaria situación en la que estaba como responsable de la censura de la prensa extranjera, escaso de medios, sin hablar inglés y “trabajando en un edificio que era el punto de mira de todos los cañones que disparaban sobre Madrid y la guía de todos los aviones que volaban sobre la ciudad” (p. 259); los bombardeos sobre el edificio que le exigieron ejercer incluso como bombero (p. 265); los cambios de ubicación desde las diferentes plantas del edificio, buscando la mejor orientación para eludir los bombardeos rebeldes (p. 269); la organización del trabajo en la Telefónica, “Los periodistas tenían su propia sala de trabajo en el piso cuarto, escribían sus informaciones en duplicado y las sometían al censor. Una copia se devolvía al corresponsal, sellada y visada, y la otra se mandaba a la sala de conferencias, con el ordenanza. Cuando se establecía la comunicación telefónica con París o Londres, el corresponsal leía en alta voz su despacho, mientras otro censor sentado a su lado escuchaba y, a la vez, a través de micrófonos, oía la conversación accidental que pudiera cruzarse. Un conmutador le permitía cortar instantáneamente la conferencia” y, como no, la extraordinaria descripción que abre el Capítulo III, *El Sitio*, desde la azotea de la torre cuadrada del último piso de la Telefónica, “que en los días de viento, estar allí asemejaba estar en el puente de un barco barrido por una galerna” (pp. 276-277).

Además, por las páginas de *La llama* desfilan los nombres de algunos corresponsales

extranjeros que trabajan día y noche en la Telefónica: Ernest Hemingway presentándole a la que sería su tercera mujer, Martha Gellhorn; John Dos Passos; Josephine Herbst o el corresponsal de *Pravda*, Mijail Koltsov, que en realidad era mucho más que un simple corresponsal, como todo el mundo sabía.



*Josephine Herbst*

Ello nos permite además trazar un nuevo segmento en la presencia del rascacielos en los textos. En efecto, la radicación en Gran Vía 28 de la Oficina de Prensa Extranjera, así como la extrema cercanía de los Hoteles Florida (derribado en 1964 para erigir los grandes almacenes Galerías Preciados y actualmente FNAC) y Gran Vía (Tryp Gran Vía al día de hoy), donde se alojaban la mayoría de estos corresponsales, convirtió a la Telefónica en un elemento simbólico y reiteradamente empleado por los periodistas extranjeros en las crónicas que remitían a sus redacciones.

No obstante, y antes de analizar esas crónicas, adviértase que también periodistas españoles invocaron la silueta de la Telefónica en su vertiente simbólica en sus crónicas, y así lo hizo Manuel Sánchez del Arco el 12 de noviembre de 1936 para el diario ABC:

“(...) Madrid, castillo para aliviar el miedo, busca su perdida fama. Madrid, ciudadela de la desesperación roja, de plaza abierta, quiere pasar al rango de castillo, y presenta al Ejército libertador un perímetro amurallado, detrás del foso, que es el río. Como un gran castillo, que tiene su plaza de armas en la Puerta del Sol, se nos ofrece



*El desaparecido Hotel Florida en la Plaza de Callao*

la ciudad. La Telefónica es, en el ceñudo paisaje de noviembre, torre del homenaje y hasta el río bajan las murallas, flankeadas por torreones (...)"



*Edward H. Knoblaugh entrevistando a Gil Robles*

Volviendo a los corresponsales extranjeros, Edward H. Knoblaugh (*Corresponsal en España*, 1967) cruzaba apuestas sobre cuándo se izaría la bandera blanca en el edificio de la Telefónica; Geoffrey Cox se encaramaba en la azotea del edificio para ver las evoluciones de la vanguardia rebelde en la Ciudad Universitaria, como refleja en su crónica para el *News Chronicle* de 5 de diciembre de 1936:

*"La cuarta semana de ataques a Madrid por parte de Franco se cierra hoy con la ciudad en una posición aparentemente más fuerte que nunca. Calles que hasta hace sólo un mes contaban con unas cuantas losas en la calzada o sacos de arena amontonados como defensa, ahora tienen barricadas cuidadosamente diseñadas, trincheras profundas y armas bien ubicadas y dirigidas. Y, más importante aún, los hombres y mujeres que las usan están ahora convencidos de que la victoria es suya. Los rebeldes lanzaron esta tarde el ataque más duro hasta el momento, en el barrio situado detrás de la línea del Gobierno, cerca de la prisión y de la Ciudad Universitaria. Veintitrés bombarderos trimotores escoltados sobrevolaron el centro de la ciudad justo después de las 2. Unos minutos más tarde, el cielo se encontraba cubierto de humo proveniente de edificios demolidos y en llamas debido a las bombas incendiarias."*

*"¡Ya estamos en Madrid! Gran Vía. Rascacielos. Nueva York. Edificios comerciales de unos quince pisos cada uno. En los tejados, estatuas doradas... Letras eléctricas relampaguean en las fachadas. Unos tableros, intensamente iluminados, rezan: "Río de la Plata, 96", "Altos Hornos, 87". Debajo de los tableros pulula la fauna de Madrid".* Así describía la Gran Vía Ilya Ehrenburg en su libro *España, república de trabajadores* (1931).

Ksawery Pruszyński relataba en su revista *Wiadomości Literackie* las complicadas condiciones de trabajo en la Telefónica cuando el censor en lengua polaca se había ido con el Gobierno a Valencia o las largas colas que se formaban para conferenciar con París y a Londres:

*"El rascacielos más alto de la Gran Vía es el edificio central de Telefónica, punto de encuentro de nuestros rendez-vous periodísticos. Las puertas de cristal están rotas. Nuevos estragos del bombardeo de la tarde. La planta baja está atestada de gente. Subimos a la planta décima. A esta altura el edificio de Telefónica es aún un gigante obeso y seguro. En una sala amplia aguardan aburridos los censores, mientras mis compañeros esperan sus Londres y sus París. Subimos por la escalera a una planta un poco más alta desde donde se puede divisar todo, absolutamente todo. Desde aquí tu mirada abarca todo el frente próximo a Madrid: el Cerro de los Ángeles, que se alza hacia el cielo; Carabanchel Bajo y Alto; las*

*colinas anteadas de la Casa de Campo, que se extienden hasta el camino que conduce a El Escorial (la misma ruta por la que antaño entraron los franceses); y la Ciudad Universitaria. Esta última está formada por un conjunto de estupendos edificios, que incluyen laboratorios y centros docentes, algunos de los cuales están a medio construir. Desde ayer tarde, sobre un enorme edificio de ladrillo colorado ondea una bandera roja, amarilla y roja. Parece que retase a la multitud de banderas con el morado republicano que han florecido en las torres de Madrid. La vieja bandera monárquica ha regresado desde Marruecos y ya ha clavado su asta en la Ciudad Universitaria, los primeros edificios de Madrid."*



*Izquierda: Ksawery Pruszyński.*

*Derecha: John Dos Passos*

*Debajo: Geoffrey Cox*



Qué decir del gran John Dos Passos, cuando en su mítica crónica *Room and bath at the Hotel Florida* para el *Esquire*, evocaba el edificio de la Telefónica, tan neoyorquino:

*"Hoy, casi nadie pasa por la Gran Vía sin acelerar el paso un poco, ya que es la calle donde caen más proyectiles, pero nadie corre tanto como para detenerse y echar una mirada al alto edificio de tipo neoyorquino de la Telefónica para ver si tiene nuevos agujeros de metralla. Resulta gracioso cómo el edificio menos español de Madrid, la torre barroca de la International Tel and Tel de Wall Street, el símbolo del poder colonizador del dólar, se ha convertido en la mente de los madrileños en el símbolo de la defensa de la ciudad. Es notable que cinco meses de bombardeos intermitentes hayan producido tan poco daño. Hay tan pocos agujeros y desconchones que podrían repararse en un par de semanas. En el lado del que provienen los disparos se han tapiado las ventanas de varias plantas. La ostentosa ornamentación de época apenas se ha desportillado."*

El australiano O'Dowd Gallagher, que había dado noticia de los últimos instantes del Madrid republicano en su periódico, *Daily Express*, firmando una crónica en la que comparte una copa de jerez con el mismísimo Miaja. Antes de huir, una última censora republicana le dejó trasmisir la noticia: «La guerra de España termina». Cuando regresó a

Fleet Street después de la Segunda Guerra Mundial, le gustaba comentar la última copa que compartió con Miaja y quitar importancia a lo que se dijo de que milagrosamente había salvado el pellejo cuando le sorprendieron solo en el edificio de la Telefónica, mandando crónicas a las que él mismo ponía el sello.



**Izquierda:** O'Dowd Gallagher  
**Derecha:** Martha Gellhorn y Ernest Hemingway  
**Deabajo:** Louis Delaprée



Louis Delaprée, desde dentro del edificio y vía telefónica, enviaba una excepcional crónica a *Paris-Soir*, donde reflejaba la angustia de la población madrileña el 29 de noviembre de 1936:

*“Éstas son las declaraciones en el vestíbulo del Hotel Gran Vía, donde nos alojamos, del capitán Mac Namara, conservador, y del señor Knox, laborista: «Si dudamos, pronto será demasiado tarde. Francia e Inglaterra, siempre a la vanguardia de la humanidad, no pueden dejar que se produzcan nuevas masacres: les pedimos que respondan a nuestra llamada desde su periódico. En nombre de todas las mujeres y de todos los niños de Francia e Inglaterra que no conocen este peligro... camiones, camiones, camiones...»”*

Martha Gellhorn emocionó a las lectoras norteamericanas de la revista *Collier's* con las inolvidables crónicas para describiendo la vida cotidiana en la capital y la amenazadora acera de los obuses de la Gran Vía:

*“Esto es Madrid, una gran ciudad, una ciudad moderna. La gente vive y trabaja en ella. Los ascensores funcionan, los niños van a la escuela (corre en la siguiente esquina; es un cruce peligroso). Y los hombres beben cerveza,*

*haciendo pausas ocasionales para escuchar (el gemido de los obuses te dice lo cerca que caerán). Pasas los días y las noches esperando, esperando a que el bombardeo empiece o acabe. La Sra. Gellhorn nos cuenta cómo es la vida allí donde la muerte acecha en las calles, y muy a menudo entra en las casas.”*

O finalmente, quien fuera su esposo, Ernest Hemingway, quien no olvida ese híbrido de Broadway y la Quinta Avenida que consideraba a la Gran Vía y a sus imponentes construcciones en *Por quién doblan las campanas* (1940).

Al hilo de esta percepción del Nobel de Oak Park, mi padre no me perdonaría, y con toda la razón, no citar aquí un último testimonio gráfico del edificio de la Telefónica. Convirtiendo la palabras de Hemingway en imágenes, Raúl Cancio –uno de los dos mejores periodistas gráficos de este país, el otro es mi madre, Marisa Flórez– se embarcó en un el ambicioso proyecto –*Madrid & Nueva York. Semejanzas* (Ediciones La Librería, 2009)– de parangonar gráficamente las dos urbes, logrando establecer una simbiosis entre ambas que en ocasiones impide discernir cuándo estamos ante la Gran Manzana y cuándo ante Madrid. La imagen que les propongo muestra una perspectiva de la Gran Vía y de la Quinta Avenida neoyorquina, en las que tanto el edificio de Telefónica como el Empire State Building culminan un encuadre que ilustra de manera exacta lo que Hemingway percibió en 1936.

**Raúl C. Cancio Fernández, socio de Gefrema. Doctor en Derecho. Letrado del Tribunal Supremo.**



*Imágenes del libro “Madrid & Nueva York. Semejanzas” (Ediciones La Librería, 2009) por Raúl Cancio.*